

la garantía del progreso y de la libertad de las naciones. Acaben los prestigios fatales de esa vana política que se arroga el poder exclusivo de libertar y de beneficiar á los pueblos. Desengañemos al mexicano de los paralogismos con que le embauca el liberalismo revolucionario y opresor. Persuadámosle, por fin, que en la Fé Católica está cifrada su verdadera libertad religiosa, política y civil.

XXIII.

Resumen y Conclusion.

HEMOS llegado al último capítulo de nuestro pequeño libro. El debe ser como el corolario de los otros. Al principio hemos dicho nuestro designio al escribir esta refutación de algunos errores dominantes. Al fin debemos decir á los lectores qué provecho se ha de sacar de esta refutación.

Los actuales disidentes de la Iglesia Romana solo están conformes entre sí en un solo punto, que es hostilizar á esa misma Iglesia. Ni en el modo de hostilizarla se conforman. Unos la quisieran exterminar, y otros envilecerla y desmoralizarla. Unos combaten su autoridad, otros su doctrina, y algunos ambas cosas. En el siglo presente toda clase de disidentes han hecho alianza contra la Iglesia, y para separar á los pueblos de su gremio, muchos medios emplean en su depravada tarea. Los mas usados y eficaces son lisongear las inclinaciones y los vicios de la multitud, aprovechando al intento su ignorancia y su ligereza.

En libros y en peroraciones públicas, en escritos leves y en conversaciones íntimas, los sofistas descreídos persisten con afán en persuadir á todas las clases de la sociedad, que la Iglesia católica es adversaria de la libertad y protectora de la tiranía: que oscurece y opaca el entendimiento con sus declaraciones dogmáticas, y que hace medrosos y abyectos los ánimos con sus preceptos morales: que sostiene y consagra la autoridad de los príncipes para oprimir con mayor seguridad á los pueblos: que teme las discusiones de la razón independiente y restringe servilmente la acción del hombre y la sociedad, en el curso de su existencia. Pintan á la Iglesia como una potencia feroz y desapiadada, cuyo sistema es mantener á los pueblos en la ignorancia y la oscuridad, quitar de su vista la luz de las ciencias, subyugar bárbaramente las inclinaciones de los gobernados, explotar en provecho del clero la industria y la subordinación de los creyentes. Horribles son las pinturas que la incredulidad contemporánea nos hace de la Iglesia y de su ministerio. Millares de personas incautas, ineducadas, ó viciosas se han dejado embaucar con tales sofisterías, y estimando en poco su criterio, juzgan con el pensamiento de sus astutos mentores, y no se toman la molestia de pensar en los hechos que pasan en su presencia. Á la vez que se precian de elevación de espíritu, muestran su flaqueza de entendimiento y su aturdimiento de razón, haciéndose crédulos y serviles secuaces de sofistas atrevidos, artificiosos, lenguaraces y desmoralizados.

Nosotros hemos dedicado este libro á todas

las gentes de buen sentido. A ellas hablamos para exponer á su consideración, como en un resumen, las verdades más culminantes, que dejamos esclarecidas en los capítulos precedentes. Nos basta su recta intención, su *sindéresis*, y la observación de lo que pasa en torno suyo, para que se persuadan íntimamente de lo que hemos dicho y de lo que vamos á decir.

Hemos manifestado cuál es la naturaleza de la libertad y la tiranía, para que no se confundan lastimosamente, como sucede con frecuencia, dando el nombre de libertad á una tiranía mendaz y usurpadora, que se disfraza con apariencias liberales para tiranizar más á su agrado y con más extenso poderío. Nuestras reflexiones acerca de esto están perfectamente confirmadas, con esos millares de hechos de los gobiernos y de los partidos descreídos dentro y fuera de nuestra nación. Ellos hablan mucho de libertad. ¿Pero hay libertad en sus doctrinas, en sus leyes y en su acción gubernativa? ¿No claman los pueblos del antiguo y del nuevo mundo contra esas tiranías de la demagogia, contra las furias exterminadoras de los socialistas, contra las leyes expoliatorias é implacables de ciertas asambleas populares?

Muy poco entendidos y nada expertos han de ser, los que á vista de los gobiernos revolucionarios, afirman todavía que son ellos el reinado de la libertad y que con su triunfo han auyentado la tiranía.

También hemos demostrado á nuestros lectores que la fuente perenne de la tiranía es la injusticia, como de la injusticia lo es la irreligión: y

que la libertad verdadera, es el efecto inmediato y social de la justicia; y que la justicia verdadera es producida por la verdadera religion, de origen sobrenatural y divino. Demostramos ademas que cuanto favorece á la irreligion favorece á la tiranía, y que la incredulidad es la protectora constante, incansable de la tiranía de los gobernantes y de las leyes. Aludimos á los principales hechos de la historia para recordar á los lectores que los gobernantes irreligiosos han sido los mas tiranos: y que por el contrario, los gobernantes ingenuamente creyentes han sido los mas fusticieros, y que á proporcion de la justicia de los gobiernos en sus doctrinas y en sus leyes, ha sido la libertad que han gozado los pueblos.

En varios capítulos manifestamos que la libertad y la tiranía no son peculiares de alguna determinada forma de gobierno, porque ambas son susceptibles de imperar bajo cualquiera forma gubernativa. Combatimos las preocupaciones muy extendidas de que la forma monárquica conduce fácilmente á la tiranía, y de que la forma democrática es necesariamente favorable á la libertad y su mejor amparo. Esperamos que nuestros lectores estarán muy convencidos de esto, si no por el poder de nuestros argumentos, sí por la demostracion evidente de los hechos contemporáneos que están contemplando. Cuando se considera la fiereza con que los sayones autorizados del gobierno de Rusia acuchillan y exterminan á los buenos ciudadanos, y aun á las gentes mas débiles, porque no siguen fielmente la doctrina religiosa del autócrata; cuando se nota en Italia cómo los gobernantes que se dicen partidarios de

la libertad, saquean los colegios y los templos, persiguen á los creyentes y torturan las conciencias á nombre de la libertad y con la autoridad del que se dice rey ciudadano; cuando se observa como en Suiza unos gobernantes incrédulos se abrogan autoridad espiritual, para ejercerla oprimiendo á los sacerdotes y á los pueblos fieles, siendo aquel país una república y muy antigua; cuando se lee como en Prusia un ministro soberbio y sin fé, empuña la bandera de la persecucion, injustificable y cruel, contra todas las clases de la sociedad alemana. que no piensan como el magnante altivo, que domina á su soberano, aparentando que le sirve; cuando se mira la horrenda conflagracion de España, en que los llamados amantes de la libertad, se acometen de muerte los unos á los otros, y oprimen á competencia á los pueblos que han caido bajo su señorío, y cuando, en fin, se sienten las llamas que abrasan á Paris por aquel incendio que como un golpe de alta política decretó el gobierno democrático de la Comuna; ¿qué gente de sano criterio se podria mantener en la ilusion de que la libertad se arraiga y la tiranía se imposibilita con solo adoptar una determinada forma de gobierno? En México las hemos tenido todas, y por una experiencia muy repetida y bien comprobada, todas las clases y partidos juiciosos de nuestro país, han adquirido el convencimiento de que los mexicanos hemos perdido la libertad civil y política en proporcion de que la irreligion ha contagiado á nuestros gobernantes é inspirado nuestro derecho público. Los menos advertidos, comparando los antiguos gobiernos católicos de México

de diversas formas, con los gobiernos incrédulos y revolucionarios que les han sucedido: y han adquirido ya la persuasión íntima de que el orden, la libertad, la paz, el adelanto material, el incremento de las fortunas particulares, la economía en las rentas públicas, la parsimonia en las contribuciones, la moralidad en las costumbres, la justicia de las leyes, la aptitud de los gobernantes, y todo lo que hablando con propiedad se puede llamar bien público; han venido decayendo rápidamente hace veinte años, hasta el estado lastimoso en que hoy lo contemplamos.

Las sociedades europeas como las americanas, están pasando ahora mismo por una gran crisis social. Hace algunos años, cuando las naciones eran reciamente sacudidas por la revolución, se nos decía que aquello era la grandiosa lucha de las viejas preocupaciones con la nueva filosofía política. La revolución ha triunfado en casi todas las naciones de alguna importancia. Es por ahora la señora del mundo. Gobiernos, constituciones, ejércitos, leyes, rentas, educación pública, libros y periódicos, establecimientos industriales y mercantiles, talleres, y diversiones, todo está empleado en su servicio. El Pontificado, antes considerado como el soberano de los soberanos, en el orden de la verdad y del derecho, hoy está destronado y como relegado al fondo de una prisión. Los altos dignatarios de la Iglesia, donde no están presos son desterrados, y donde no se les depara la prisión ó el destierro, se les usurpa su autoridad ó se quiere que la ejerzan á placer de las potestades civiles, y donde no sufren algo de esto son despreciados y tolerados sin arri-

mo y protección de los gobiernos civiles. Los sacerdotes en la mayor parte de las naciones cultas viven sujetos al escarnio y detracciones de la prensa impía. ¿Y cuál es para los pueblos el resultado práctico de este imperio de la Revolución? ¿Qué fruto han sacado hasta ahora las naciones de ese reinado de Satanás?

¶ No hablemos de las mejoras materiales. cite á favor del régimen de la incredulidad las grandes obras de ferrocarriles y telégrafos, de puentes y túneles, de variedad de embarcaciones para cruzar los mares, de máquinas gigantes cas ó manuales, ni de todas las invenciones de la Química y de la Física, con que justamente se honra nuestro siglo. Todo eso pertenece á la materia. No tiene conexión necesaria con la religión, la filosofía ó la política. En esos adelantos trabajan personas de diversas creencias y opiniones. La incredulidad no modifica las leyes del mundo físico. La materia inerte obedece lo mismo al movimiento que le imprime la mano y albedrío del ateaista, como al que le comunican la mano y albedrío del mas fervoroso devoto. Los adelantos materiales no son á la verdad peculiares de la fé ó de las herejías, ni son exclusivos de alguna determinada forma de gobierno. Pero no se olvide sin embargo que la Iglesia Romana, segun consta de su gloriosa historia, siempre ha sido la protectora generosa de todos los adelantos en las ciencias físicas: y téngase muy presente que los sabios católicos han contribuido en gran parte á esos mismos adelantos. Quien lo niege ó dude, porque ignora la historia de la Iglesia y de la civilización cristiana, puede con-

sultarla para resolver sus dudas. Y si no quiere tanto, tome solo la historia de los jesuitas, y pásese de contemplar el número de sabios en las ciencias materiales que sus colegios han producido.

Y no contando los adelantos materiales de las naciones dominadas por la Revolucion, ¿qué mas ha producido en ellas la irreligion de sus gobernantes, de sus leyes, de sus colegios y de sus escritos? Preguntémoslo á los mismos periódicos contemporáneos que son el eco dolorido de esas sociedades angustiadas. Con franqueza ó sin ella nos declaran que los pueblos de hoy sufren horriblemente: que la depravacion de su espíritu es temible; que la corrupcion de sus costumbres abrevia y atormenta su vida; que las franquicias alcanzadas para el vicio han multiplicado las discordias y los crímenes; que en las familias infestadas por las ideas de la Revolucion, huyeron la humilde paz y los gozes apacibles que tenian cuando les animaba la fé; que los pueblos y los gobiernos viven en perpétua rivalidad; que la presion de las armas y el número y enormidad de los impuestos, abruman á todas las clases; que las constituciones y las leyes han perdido su justicia y la estabilidad que por ella tenian; que los desafíos y los suicidios cooperan con las enfermedades de la prostitucion á mermar en mucho la poblacion; que los estudios serios van desapareciendo expelidos por la invasion del charlatanismo de la enseñanza superficial de los colegios civiles; que una industria sin caridad y codiciosa, coge las máquinas y desprecia los hombres para el trabajo; que las fortunas públicas y las rentas comu-

nes padecen frecuentes crisis, con que mas bien se apocan que prosperan; que la usura se absorve aquellos restos de fortuna escapados de los detrimentos del infortunio ó de los desperdicios de los vicios, y que las sociedades secretas dominan invisiblemente á los gobiernos. Todo esto y mas declara la prensa de ambos mundos. Esto es hasta hoy el efecto de la política impía y de los gobiernos revolucionarios. Y no se aguarde de ellos otra cosa.

¿Se resignarán los pueblos á seguir en esta pendiente de males, rodando hasta el abismo del mal sumo? ¿Serán tan indolentes con su propia suerte ó tan ineptos para buscar su propio bien, que no quieran ó no sepan adoptarlo? ¿Tan mal comprenden el estado actual de las sociedades, que no hayan conocido que el bien que todavia se conserva en ellas, se debe á la fé de la Iglesia Romana, á la moral de su legislacion, y al ministerio sobrenatural de su sacerdocio? Dejemos á los gobernantes heréticos rigiendo á los gobernados descreídos, como los antiguos señores conducian á los grupos de sus esclavos. Pero las almas entendidas, los corazones magnánimos, no se deben resignar con tan vil degradacion. El mal es muy grande y su remedio muy fácil. Los pueblos tiranizados por la revolucion, sufren porque quieren. Si sacuden las preocupaciones, que, sin advertirlo, les ha inspirado la voceria de los sofistas, verán claro dónde está su salvacion. Peor era el estado de las sociedades gentiles, cuando empezó la predicacion de la doctrina cristiana, y cambiaron felizmente su legislacion y su vida.

Muchas veces la Iglesia ha devuelto á los pueblos la libertad y el bien perdidos. Hoy puede ser lo mismo. Los pueblos de ambos hemisferios lo conocen y lo quieren. Esa heroica paciencia en la persecucion, esas emigraciones á los santuarios, esas grandiosas manifestaciones de piedad, esa multiplicacion de los escritos y escuelas católicos, esas conversiones numerosas, esas visitas y oblaciones al Soberano Pontífice, venidas de todos los confines del orbe, esos templos que se levantan en todas partes, esas misiones que cambian las costumbres de las muchedumbres, aquel Papa mártir y el Episcopado confesor; proclaman con altísima elocuencia lo que deben hacer los pueblos oprimidos hoy por la fiera tiranía de la política impía y de los gobiernos revolucionarios. Nosotros lo decimos aquí sin disfraz, para terminar este libro. Los pueblos oprimidos, sin lanzarse á las guerras fratricidas, deben emplear los medios legales que les otorga el derecho público moderno, para operar una restauracion cristiana. Las asociaciones, las representaciones á los poderes públicos, la prensa grande ó pequeña, las elecciones populares, y la resistencia pasiva á los preceptos impíos ó inicuos; son medios, que, siendo empleados con buen consejo y con infatigable perseverancia, pueden cambiar la situacion política de los pueblos oprimidos. Serán fuertes las resistencias; pero así debe ser el empeño en vencerlas. El gran fin de la restauracion debe ser que las naciones vuelvan á regirse por los principios y por las leyes, que han producido el orden, la paz y la prosperidad de las repúblicas y de los imperios. Con una polí-

tica católica, bajo constituciones y leyes católicas, y bajo la autoridad de gobernantes católicos, el pueblo mexicano y los pueblos extanjeros no padecian los grandes infortunios y desastres que hoy les aquejan. En esta noble y patriótica empresa no puede faltar á los pueblos la proteccion de Dios. cuya justicia tolera un poco, pero no consiente siempre, la dominacion de la impiedad. En su soberano juicio, aquella es la dura prueba de la fidelidad de sus pueblos: pero no el estado normal de las sociedades. Lo que se haga por esta restauracion, se hará por la libertad del individuo, de la familia, de la corporacion y del Estado. La falsa libertad es la verdadera tiranía. La libertad verdadera solo existe con la palabra y con la ley de Dios, *Donde está el espíritu de Dios está la verdadera libertad.* Esta sentencia apostólica, que ha sido nuestro epígrafe, está dolorosamente confirmada, con esos monumentos de ruinas morales y materiales, que señalan el dominio de la Revolucion, en las sociedades de nuestros días.

FIN.